

Lo que sea de cada quien Y el premiado es... José de la Colina

Vicente Leñero

Conozco a José de la Colina desde siempre. Desde que avanzamos juntos, aunque lejos uno del otro, hasta llegar a estos ochenta que nos transforman en ancianos obligados a observar el moridero de gente cercana, de amigos y enemigos, de compañeros de brega cayendo uno tras otro como figuritas de lámina de un tiro al blanco pueblerino. Y el comentario cruel: ya hicieron lo que hicieron, ni modo. Ya les cayó el punto final.

Junto con José de la Colina somos sobrevivientes de esa menguada generación de los años treinta en la que Arreola nos enseñó a escribir por el simple contacto de su voz y de su palabra bien escrita. Se dice fácil lo de la palabra bien escrita pero sólo unos cuantos de aquellos tiempos, como José de la Colina, como Fernando del Paso, como Tita Valencia, consiguieron sobresalir entre la punta de aprendices que nos arremolinábamos en torno al maestro de la frase y el párrafo perfectos.

Recuerdo que una tarde noche en aquella cochera convertida en taller literario de la calle Volga, leí un cuento malón —corrijo, porque era Arreola quien leía en voz alta los textos de sus alumnos—, Arreola leyó un cuento mío, malón, que luego mis compañeros deshicieron con críticas asesinas. Al salir a la calle, sin embargo, José de la Colina se acercó y con una palmada en la espalda me elogió una sencilla metáfora que yo había encajado en un párrafo del texto. “Eso está bien”, me dijo, y ese pequeñísimo gesto, viniendo de un compañero a quien admiraba como gente mayor, me alivió de las puñaladas unánimes. Desde luego él no recuerda el incidente por lo nimio, y si yo lo recuerdo ahora, tan inexperto como era en ese entonces, es porque me encendió con la luz de un cerillo la oscuridad del túnel literario.



José de la Colina

Nunca fui amigo, lo que se dice amigo, de José de la Colina. Nuestros caminos iban por diferentes veredas aunque nos cruzábamos de vez en cuando en algún acto público con el intercambio de saludos al aire o el apretón de manos convencional. Antes, de chamacos, me recomendó leer a Pío Baroja, a Ramón Gómez de la Serna, a Faulkner. Tardé en leer a Pío Baroja cuando estaba clavado en Azorín aprendiendo el uso de la frase corta; también tardé en apreciar las greguerías de Gómez de la Serna, pero de inmediato me enfraqué en el Faulkner traducido por argentinos para disfrutar y aprender de sus frases interminables, de lo que entonces llamábamos la corriente de la conciencia. Qué descubrimiento, oh Dios.

Como un artesano y no como un artista montado en los cielos de la inspiración considera De la Colina al escritor. Semejante al cantero que desbasta la piedra, al alfarero que moldea la arcilla, al tejedor que trenza los hilos de un tejido. En la gozosa tarea de dar acomodo a la urdimbre de palabras que integran un texto reside el secreto de la magia creativa.

En conseguirlo ha trabajado toda su vida este hacedor de cuentos y relatos y ensayos. Se pensaría por momentos que al margen de lo que se expone temáticamente

en un escrito, bastaría con sus juegos literarios para apreciar la prosa reluciente de José de la Colina. Desde luego hay más que el simple regodeo de un estilo. En su más reciente libro *De libertades fantasmas o de la literatura como juego*, con el que parece culminar una tarea de amor a las palabras, se muestran y se demuestran sólidos contenidos, un racimo de asuntos escasamente frecuentado por otros escritores. Asuntos que divierten, reflexiones que iluminan, carambolas que nos llevan a dilucidar pequeños o grandes secretos escondidos en los recovecos del quehacer literario.

Todo esto viene a cuento porque un jueves por la mañana los miembros del jurado del Premio Xavier Villaurrutia 2014, Myriam Moscona, Bárbara Jacobs y yo, nos reunimos en la Capilla Alfonsina de la Condesa y decidimos premiar a De la Colina por ese libro de desafortunado título. En realidad lo premiábamos por su trayectoria de gran prosista —cosa que el nuevo reglamento del Premio Villaurrutia no acepta: “debe ser por el libro del año, no por trayectoria”—, pero como su libro tenía suficientes méritos, nadie se inconformó después.

La decisión fue difícil, lenta, fatigosa, por el alto nivel de los libros publicados ese año. Sólo por lo que a mí respecta llevé a la discusión una lista enorme que empezaba con Enrique Serna —el mejor cuentista de México—, y continuaba con Rosa Beltrán por su novela sobre Darwin, con el libro de monstruos de Ignacio Padilla, con la poesía de Javier Sicilia, con Ana García Bergua, con Álvaro Enrigue, con el libro de Arnoldo Kraus que en ese momento parecía aludirme como una violenta cachetada: *Decir adiós, decirse adiós*.

Total: premiamos al notable José de la Colina. **U**